

RAFAEL LLÁTSER

Volando con el pie izquierdo

Memorias deportivas de un cojo



VOLANDO
CON EL PIE IZQUIERDO

Colección Epígrafe – 11

VOLANDO
CON EL PIE IZQUIERDO

Memorias deportivas de un cojo

RAFAEL LLÁTSER

Editado con la colaboración de



Solutions for High Performance Chemicals

GRUPO ADI

Primera edición: noviembre de 2025

© Rafael Llátser Oliva

© de esta edición:

9 Grupo Editorial

Lectio Ediciones

C/ Mallorca, 314, 1º 2ª B – 08037 Barcelona

Tel. 977 60 25 91 – 93 363 08 23

lectio@lectio.es

www.lectio.es

Impresión: Arcangel Maggio Europa, SL

ISBN: 978-84-18735-88-2

DL T 1114-2025

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, su transmisión en ninguna forma
ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación
u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

*A Esther
y los chicos.*

INTRODUCCIÓN

CARTA A MIS HIJOS

Queridos hijos,

Yo he recibido mucho. Diría que aún estoy recibiendo mucho y soy consciente de ello. Lo disfruto.

El deporte sigue entusiasmandome, pero es lógico que lo adapte a nuestro entorno, a mi profesión y a la edad. Bien sabéis lo mucho que aún me apasiona el esquí. Días estupendos se han llenado de blanco en nuestras vidas. Un blanco que, vivido juntos y en su espacio natural, resulta infinito.

Lejos quedan las carreras. La preparación y la adrenalina de la competición que me permitieron conocer a personas entrañables y sitios maravillosos. Poco a poco, aquellas vivencias se empequeñecen con el tiempo, aunque no tanto en intensidad. Las guardo con cariño y nadie me las podrá quitar.

Todo aquello me enriqueció muchísimo y creo no exagerar al decir que me aportó muchas cosas buenas para, con mamá, forjar nuestra familia. Sin embargo, no me gusta la sistemática referencia al pasado. Nuestro constante devenir es fuente de experiencia, claro; pero los recuerdos no deben convertirse en un melancólico anclaje. La memoria de lo pasado debe ser selectiva: analizar un poco y extraer sonrisas, no suspiros. Cada minuto pasa, cada instante vuela y por esto es el aquí y el ahora lo que hay que exprimir con una clara orientación a ser felices y a hacer felices a los demás. La vida de cada uno dura la suma de sus días, ni más ni menos. Pero su intensidad y calidad dependen de la ilusión y el enfoque que a cada acontecimiento aplicamos. De cómo respondemos con nuestra capacidad ante las cosas en las que sí podemos influir y, a la vez, gestionamos sanamente lo que

está más allá de nuestro control. Da igual la profesión que tengáis o lo que consigáis; es con quién y cómo lo consigáis lo que al final importa.

Concretemos un poco más de qué va todo esto:

Si nos referimos a mi cojera, ya sabéis que me instruyeron correctamente —así lo entiendo— en que no hay mejor superación que la total normalidad. Dios me quitó una pierna (cáncer, oncogenes que estaban en mi genética y se dispararon malamente, sin más). También Él puso a mami en mi camino, tal cual la conocéis. Guapísima a los dieciséis y ahora, empática entonces y más ahora. Gran Reserva, como el buen vino que mejora con los años. No simplemente con el mero pasar del tiempo, sino madurando con el dulce acopio de su destino.

Ella ha sabido cuidarme y a la vez apaciguar mi mente y mi autoexigencia en la vida y en el deporte. Solo algún que otro amigo y algunas personas muy buenas y listas han estirado de mí de un modo parecido. Comprendiendo la dureza de las primeras fases, con episodios tristes y silenciosos y, al mismo tiempo, regalando correcciones implacables que ahora agradezco enormemente.

No nos engañemos: el hombre está hecho para vivir con dos piernas. El resto, en verdad, es un cúmulo de inconvenientes y molestias. Dejarse llevar por el protagonismo es inmadurez, pero en alguna ocasión este puede usarse también para hacer el bien.¹ El quiebro que hubo en mi vida despertó aptitudes y actitudes que no sé si hubiesen florecido en otras circunstancias. De esto va este libro y por esto lo escribo. Como un pequeño tarro de esencias, para abrir de vez en cuando con el simple deseo de que pueda ayudar a terceros.

Percibo que se acerca el momento de bajada en la memoria y subida en los despistes. Algún amigo e incluso algún paciente me han insistido y ahora cedo al lado positivo de relatar las cosas con cierto orden.

¹ EXTRACTO DEL DOSIER PARA LA TITAN DESERT 2010

Soy consciente —y me preocupa— de que personas con diversas minusvalías no pueden realizar la vida que yo hago. Sea por falta de recursos culturales, sanitarios o materiales, el peso de la discapacidad es generalmente enorme en nuestro entorno competitivo. Me alegraría enormemente cooperar a esa imagen de auténtica normalidad. Me alegraría estimular a otros discapacitados a que se atrevan a hacer lo que en verdad quieren hacer, que tal vez por vergüenza o miedo ni siquiera intentan.

Lo que costó en un principio abrió la puerta de un mundo que desconocía totalmente. Allí no había leones, ni brujas, ni faunos. Tenía dentro una historia muy —pero que muy— real. Una aventura que me llevaría desde volar en la nieve hasta pedalear por el desierto. Desde Colorado hasta Japón y todo —¡todo!— con mi pie izquierdo, con el que me levanto cada mañana.

1. TODO IBA DEMASIADO BIEN

La zona donde vivimos se llama Costa Dorada porque las luces tintan de ocre el agua al atardecer, generalmente calmado cuando las sombras crecen desde poniente. Una treintena de veleros eran la flota habitual del Náutico de Salou. Mucho ambiente y un mar precioso, pero con escaso viento para la vela ligera. Por eso esta costa no ha dado muchos medallistas, pero sí una vida nocturna con fama que todavía perdura. Por una vez, iba primero en las regatas y aquel verano pintaba fantástico. Además, no iría a Inglaterra ese año. La excelencia del curso y la demostrada facilidad de idiomas habían favorecido aquella decisión.

La fiesta estaba siendo fabulosa. No frecuentaba mucho ese grupo, no coincidía exactamente con los amigos del colegio ni con el equipo de balonmano. Pero era mi despertar de chicas y juergas. Aquella mansión era imponente y la piscina integrada en roca natural con una cascada continua era un buen complemento para cualquier celebración. Servicio, música fuerte, comida ligera sin demasiado alcohol y muchas risas. Incluso para un carácter hiperresponsable es fácil alternar en la edad de escasas obligaciones. Llevábamos horas y avanzaba la tarde. Era junio, el día era largo y no se respiraba ambiente de acabar, ni de cambiar hacia otro sitio.

Alguien, no recuerdo quién, vino y dijo que me llamaban por teléfono. Extraño, porque nunca he ocultado mis planes, pero no creo que mis padres tuviesen el número de aquella casa. Seguí a la señorita con cofia hasta un recibidor donde pendía el auricular de un teléfono de pared. Todo madera, de cielo a tierra y —por supuesto— yo no iba mojando el suelo.

—¿Sí? —al otro lado se oía a mi madre.

—Oye, estás cerca de Tarragona, ¿verdad?

—Sí. ¿Por?

—Nada, nos ha surgido un recado y estaremos por ahí, así que te recogemos. A las ocho o así.

La finca está a las afueras de la ciudad, alguien con carnet se iría pronto y podía llevarme, así que acordamos un sitio para recogerme.

Tarragona fue punta de lanza de los romanos en la península. Aún se adivina su origen no solo en los monumentos, sino en la disposición de las calles. Por eso la Rambla tiene una orientación aproximada de norte a sur. Es un punto de encuentro para cualquiera, un paseo repleto de terrazas donde la gente se oxigena. El límite es un acantilado que ofrece un horizonte libre al mar. Es el Balcón del Mediterráneo, con una barandilla de forjado macizo que protege a media altura a los transeúntes sin estropear la vista. Hacia levante la costa presenta unos salientes con fortines ingleses que aún se conservan y, hacia poniente, se divisa el puerto industrial, actualmente más humanizado por yates de lujo que calan para invernar. La zona es de predominio peatonal y los coches solo pueden circular lentamente y deben girar frente a la imponente estatua del navegante Roger de Lauria.

Allí estaba yo, esperando puntual, como antes se esperaba a los padres. Los hijos esperábamos a los padres y no al revés; y llegábamos a tiempo, sin móviles ni WhatsApp.

Ella me lo ha dicho muy pocas veces. El vuelco de corazón de madre que le dio al verme. Me levanté de la repisa de mármol y salté las escaleras. El sol cayente miraba directo al mar y yo me interponía. Ri-sueño, ojos ajustados y piel de regatista. Llevaba mi polo rojo intenso con cuello Mao, muy suave. Un pantalón blanco de algodón grueso y las Clarks. Unas bambas de tela con suela blanca y reborde azul. Hacía poco que se veían por aquí, comodísimas. No sabía que pasarían varios años hasta poder calzar de nuevo zapato plano. Los siguientes serían veranos tórridos con zapatos cerrados y de cordones. ¡Uf!

Mis padres me saludaron con toda la aparente normalidad de que eran capaces. Sabían que el diagnóstico estaba prácticamente sentenciado.

—Oye, que se equivocaron con el análisis de anteayer —dijo mi padre justo al arrancar el coche. Y continuó mi madre:

—El Dr. Casals quiere repetirlo él mismo y mañana sábado curiosamente tiene un hueco.

Y mi padre siguió la alternancia sin interrupción, los dos disimulaban:

—Volveremos y de paso podré ver a un directivo del banco para sacar dinero. Tal vez vayamos a ver a tu hermano a Inglaterra.

Trabajar en sábado era frecuente en 1979, incluso para los bancos. Pero que mis padres, muy cautos siempre en las decisiones, cambiaran esas tornas sin comentarlo antes ¡y yendo primero en las regatas...! Además, no hacía ni una semana que mi hermano mayor había partido con la escuela de idiomas.

A la mañana siguiente, Casals estaba serio en su bata, como siempre, por lo que no me sorprendió. Yo quería acabar rápido y volver a Salou, no sé si a navegar o a retozarme en la arena. Cautelosamente repitió las mismas preguntas que me había hecho ya antes y —con cuidado— acertó a apoyar la yema de su índice en el único punto donde me dolía con solo rozar. Esa esquinita interior de la tibia, justo por debajo de la rodilla.

Salvador Casals era el médico que seguía el deterioro de cadera de mi padre, fruto de un antiguo accidente de moto. Gran reumatólogo, reflexivo y con carácter germánico. Bueno, la alemana es su esposa, si bien no lo parece pues ella tiene la inmensa candidez que él intenta esconder. Formado en América, tenía mucha habilidad como extractor. Además, era fundador del mejor laboratorio de la ciudad.

Siempre muy exigente conmigo y concentrado en su trabajo. Aun así no supo engañarme: se focalizó en el pinchazo y giró la cabeza para esquivar mi mirada mientras fluía la sangre:

—¿Qué tal vas de inglés? —seguía sin mirar.

Tuve claro que algo malo pasaba. Lo que íntimamente había intuido era cierto. Nadie —absolutamente nadie— nombró la palabra hasta que yo la dije cinco días después en la Royal Infirmary de Mánchester a la persona que me iba a cortar la pierna. Tenía cáncer.

TRES MESES ANTES

Aquel dolorcito estúpido era curioso. Podía realizar la actividad normal y pletórica durante el día, excepto a primera hora. Al caminar hacia la parada de bus se iba mitigando bastante. Ciertamente es que me había despertado varias veces, pero entonces aún era tenue. Las escaleras de casa ayudaban al calentamiento de manera soportable. Así que llegaba al colegio en perfecto estado, sin molestia alguna. En plena juventud y con la liga de balonmano avanzada no era cuestión de fallarle al equipo. Como era pívot, un par de roces rodilla con rodilla me habían hecho ver las estrellas. La zona era muy concreta, pero el dolor era severísimo a la mínima presión. Años después en Medicina estudié que un dolor así se llama *lancinante*, es cuestión de graduar la intensidad con que se describe. También estudié que es muy particular el hecho de que cause despertar por las noches. ¡Ay, doctor! ¡Ya sabías tú bien lo que preguntabas! Pequeñita la zona, pero puñetera. No sé si el dolor incrementa solito por la noche o es el contacto de las piernas al moverse. Pero ni se me había ocurrido comentarlo antes.

Tarragona y sus alrededores tenían una escasez de agua alarmante. Insuficiente para el campo, la industria e incluso con restricciones horarias en ciudades y pueblos. Las químicas fueron realmente las impulsoras del trasvase de agua desde el Ebro, para resolver la sedienta situación. Los políticos, como suelen hacer con las buenas ideas, se engancharon al proyecto ya iniciado. Hubo tiranteces que se superaron con farragosas reuniones para beneficio global de la zona y de miles de hogares, cosa que aquellos políticos nunca han querido reconocer. Ahora se apuesta más por el turismo y se entiende el valor de una sana ecología; pero es incuestionable que la actividad industrial impulsó la ciudad como capital de provincia durante décadas.

Mi padre coincidió con otros directivos en tales reuniones y trabó amistad con un señor afincado en Barcelona. De origen aragonés, era esquiador y con una gran familia. El conocimiento profesional mutuo dio lugar a una relación personal que aún perdura y la coincidencia de edad entre hijos afianzó todavía más esa relación. Los encuentros se sucedieron y hacíamos planes tanto de mar como de montaña. Nos veíamos tanto en Tarragona como en Barcelona.

Esa primavera me invitaron a Cerler a pasar toda la Semana Santa con ellos e hizo un tiempo espectacular. El apartamento rebosaba lleno al completo. Los desayunos eran frenéticos, todos jóvenes y con las pistas en la misma ventana. La pasión nos aceleraba y varios vecinos se nos enganchaban cuando saltábamos las escaleras de los cinco pisos para recoger los esquís. Debíamos ser una docena madrugando para exprimir aquella estación de entorno tan alpino.

El caso es que, apoyado entre las barandillas y la pared, podía llegar abajo tan rápido como los demás. Luego, al ponerme la bota, se evidenciaba que algo pasaba. Aquellas botas de cuatro ganchos no eran como las de ahora, de fácil acceso —siempre me han gustado muy apretadas—. Bordeábamos el resto de edificios con los esquís al hombro y cruzábamos el puente. La rodilla sufría en el frío de la mañana. Aún ahora recuerdo que no ajustaba la bota derecha ni siquiera en el remonte. La llevaba suelta en las primeras bajadas y la obligación de flexionar más me reportaba un sorprendente alivio. Alguien me preguntó por eso, pero el gallito que llevaba dentro no respondió. Aquellos últimos días de esquí con dos piernas fueron fa-bu-lo-sos. Y Cerler siempre me ha parecido precioso.

Esa nieve se deshizo con la primavera, el curso siguió y acabamos segundos en la liga de balonmano. Éramos buenos, pero el Sant Pau nos machacaba siempre. Como solo había una plaza en la provincia para la fase regional, nunca llegamos a ir a la final. Al acabar, nos trasladamos de Reus a Salou —la costa, a diez minutos—, como algunas familias hacían para aliviar el tórrido verano. El Club Náutico tenía entonces mucho ambiente, repleto de barcos a motor amarrados y la flota de vela ligera que disputaba muchos trofeos: regatas cada domingo y otros intensivos de sol a sol que duraban varios días. Nuestro 4,70 era bastante nuevo y, como estaba solo, hacía de patrón con algún amigo de proel. Cubierta roja y mástil Elvstrøm negro precioso, con *spinnaker* multicolor. Siempre me entretenía en exceso

ajustando los reglajes para cada condición de viento. Metódico. En principio una virtud, para el deporte y para la vida, si se sabe controlar.

Sin embargo, algo fallaba. Aquel dolor silenciado, aquellas molestias que al principio se disipaban fueron incrementando en duración e intensidad. Caminar podía, navegar también... pero en la sobremesa languidecía horizontal, con un dolor astronómico en la cara interna de la tibia derecha y ya no podía mover la rodilla en toda la tarde. Arrastraba la chancla. Mis padres, alertados ante la progresión del cuadro y sobre todo por el contraste de la situación a lo largo del día, pidieron hora al médico. Aquello claramente no era una manía de adolescente.

De esos meses recuerdo un simple atisbo de sospecha: una mañana en la ducha me enjabonaba el punto crítico y me vino la idea, como una pequeña chispa. ¿Sería algo malo? ¿Sería lo peor...? ¡Va, hombre, va! No seas farfollas. ¿Qué te crees? ¿Te va a tocar a ti?

MÁNCHESTER

A los tres días de aquel análisis ya estábamos en Heathrow, esperando el empalme a Mánchester. Siempre me ha encantado el devenir de las personas en los aeropuertos. Y los vuelos: flotar y poder observar tranquilamente las nubes, la orientación del sol y admirar los puntitos en tierra cuando se ven. Con sus vidas.

No sabía que en ese intervalo se habían movilizado varios médicos contactando con la Manchester Royal Infirmary y se habían realizado gestiones administrativas importantes, todo para mí. La hija de un anestesista de Tarragona había tenido el mismo cáncer un año antes y le habían hecho allí una quimioterapia especial que parecía funcionar. Ese era el motivo básico. Además, consultaron a otro conocido en Houston, un «gurú» local que se había establecido allí —una eminencia— y había asentido en que la orientación y los medios previstos eran muy acertados. Convenía Mánchester. Fui allí directamente para operarme y en especial por una quimioterapia muy específica, que luego no se aplicó. Sin embargo, recibí un trato, atención y recuperación que me beneficiaron muchísimo más.

Parece mentira como se disparan los sentidos cuando estás en alerta. Aun sin saberlo. Aun sin esforzarte. Los circuitos neuronales se aceleran y, si controlas la ansiedad para que no sea angustia, rindes más.

No quería ser consciente de lo que se precipitaba, pero ya en el aeropuerto lancé un globo sonda:

—¿Lo ves, mamá? Aquel oriental con sus dos hijos que igual viene por primera vez con pasaporte de la Commonwealth para intentar quedarse. Aquel ejecutivo que bajo las ínfulas de su traje esconde la necesidad de alcohol. O esa, que tal vez esté embarazada... ¡O tal vez alguien aquí que arrastra cáncer y aún no lo sabe!

También en el primer trayecto por aquel enorme hospital, con zonas estrafalarias que denotaban reampliaciones sucesivas. Ahora sé que es frecuente en grandes hospitales que haya sectores de desigual diseño y circuitos inacabables. Buscábamos el Servicio de Traumatología y los largos pasillos tenían tubos alineados por el techo:

—Mirad arriba. ¡Seguro que por ahí viene la sangre y por allí se va!

Era una actitud sarcástica o tal vez solo circunspecta pero muy doliente para ellos, que se aclaró en pocos días y que nunca más repetí. Porque en la primera consulta con el traumatólogo la situación quedó muy centrada. Pragmatismo sajón al servicio de la salud. Las pruebas —imágenes y análisis— que traíamos eran muy oportunas. Se había hecho bien el trabajo: el estudio realizado y la rapidez del desplazamiento jugaban a nuestro favor. Creo ciertamente que era así y además era sin duda un enfoque muy humano para alentar a mis padres.

Estar en entorno desconocido, en un hospital extranjero, con un giro vacacional de ciento ochenta grados y con una apuesta vital de otros ciento ochenta aceleró mi inglés hasta el punto de ser prácticamente el interlocutor único con los médicos en pocos días. Con unos diálogos de *ping-pong* que no dejaban lugar a dudas. ¿Viviré? ¿Caminaré? Información completa, valoraciones ponderadas y decisiones directas. Lo prefiero, porque la incertidumbre en salud es el principal desencadenante del sufrimiento mental: incrementa inútilmente la preocupación. La claridad, al contrario, acota los problemas —sean grandes o pequeños— y permite enderezar recursos y perfilar soluciones.

Todavía arrastro la tendencia de querer dominar las situaciones. Y también la viveza de no amedrentarme ante las decisiones. Por eso lo del inglés no me incomodaba en absoluto. A mis dieciséis era bastante maduro y esa imagen de serenidad ante mis padres era buena, lo percibía. Tal vez por ello la noticia entró en mí sin retumbar, como si los últimos devenires la hubieran preanunciado. Inicié una barrera protectora para ellos, inconsciente pero hermética, en la exteriorización de mis sensaciones.

Se haría una gammagrafía y una intervención para biopsiar. Eso dictaminaría el tipo exacto de cáncer y descartaría —¡ojalá!— que hubiese otros focos desconocidos. Probabilidades y riesgos. En resumen, era real que estaba jugando en las grandes ligas de la medici-

na —como paciente, si acaso como víctima—. En pocos días sabría si solo me cortaban la pierna, a qué altura, si habría quimioterapia posterior, o si me esperaba un frustrante abandono paliativo muy paliativamente explicado. Visto así y con las cartas en la mano, me tocó la solución menos mala. Con mucha diferencia.

La gammagrafía resultó muy oportuna para la indagación de todo el resto del cuerpo. Aportó dos cosas al margen: una buena y una mala. La mala fue un susto al aparecer daño en el hombro izquierdo. El jefe de Medicina Nuclear, el Dr. Humberto Testa, lo resolvió indagando las dos luxaciones que el balonmano me había causado y que habían quedado historiadas. Su experiencia dispó las dudas a ese respecto.

La buena fue el propio Dr. Testa y la amistad que sucedería. Para empezar el castellano, que a mi madre le aportó en aquel precipicio inhóspito de enfermedades y sufrimiento alguien que por fin le transmitía la información en un lenguaje conocido. Respuestas y consuelo cercanos. Porque ella es y necesita ser habladora. Todo aquello le había cogido en un último embarazo con prediabetes. La presencia de Tito supuso para mis padres un remanso de serenidad. Por su afebilidad en lo personal y sentido común en el ámbito médico, ellos se le aferraron como a un clavo ardiente.

Tito y Nydia Testa se habían trasladado de Argentina al Reino Unido casados, después de graduarse. Argentino, nieto de Humberto, hijo de Humbertito y, por tanto, él llamado *Tito*. Se establecieron en Cheadle, a las afueras de Mánchester, y sus tres hijos son ingleses. Cuando les conocimos él era ya jefe del Servicio de Medicina Nuclear y profesor universitario y ella investigaba sobre leucemia en el Christie Hospital² a un nivel también muy consolidado. Puedo dar mi opinión personal de que tienen mentes privilegiadas; pero va más allá de esa opinión el hecho de que las autoridades sanitarias les solicitaron permanecer en Inglaterra durante la Guerra de las Malvinas, para no arriesgarse a perder sus servicios.

² El Christie Hospital en Withington, Mánchester, era y es pionero en tratamiento del cáncer. Ese fue el motivo que urgió a los médicos a aconsejar mi traslado allí, para seguir un protocolo específico que, sin embargo, luego no se aplicó.

No soy objetivo al hablar de un amigo. Tito nos ayudó aquellos meses. Nos dejó su casa al final del verano. Me buscó trabajo de camillero varios años después para practicar inglés en mis vacaciones de estudiante. Jugador de tenis, es el primero que me alertó de que un tal Rafa Nadal era un prodigio y llegaría a número uno del *ranking* de la ATP, si bien entonces pensaba que no duraría tanto como Federer porque su tenis era muy físico. Actualmente es profesor emérito de la Universidad. Años después vino a casa y me encantó compartir con él una vida familiar parecida a la suya. Como he dicho, me parece de una inteligencia superior y con un carisma extraordinario. Su apertura de miras intelectual y su delicadeza personal me impresionó. Es un maestro de la empatía en el entorno laboral (*british*) y cariñoso en lo familiar (*latin*). La autonomía y confianza que daba a sus hijos me cautivó. Ha sido sin duda uno de mis referentes en la vida.

Pasó la intervención de la biopsia y había que esperar el resultado. Era julio, lo mejor del verano inglés. Como caminaba relativamente bien con muletas, nos distrajimos conociendo Mánchester, cuyo centro entonces no era muy atractivo. En cualquier caso, nuestra visión esos días debía ser lúgubre e inquieta, pendiente de los resultados definitivos.

La decisión de operar y cortar fue dura para mis padres. Además, teníamos que decírselo a mi hermano, que se había desplazado para acompañarnos.

Nunca cuestioné esa decisión en lo más mínimo. Jamás he perdido tiempo o esfuerzo en eso. Tengo claro que ante situaciones graves los acompañantes sufren y se trastocan más que el implicado. Como médico lo he comprobado reiteradamente y es el paciente el que debe coger la batuta. Los médicos escriben la música y el paciente dirige la orquesta de su entorno. Sin hablar y tal vez sin llorar. Hay que hacerlo así, asumir la partitura y leerla hacia delante.

La camilla rodó desde el antequirófano y el sopor de la sedación inicial se alteró un poco por el traqueteo y por la luz. Los focos justo encima me deslumbraban en contraste con el frío y el olor del quirófano. Ruidito de instrumentos, frases cortas y asepsia. Por suerte ella estaba allí, con gorro y mascarilla, y volvió a reclinarse sobre mí proyectando su sombra. Cubierta y a contraluz no podía detallar sus facciones, pero aquellos ojos eran preciosos —o la fragilidad del momento me hacía verlos así—. Eran los mismos de la primera in-

tervención. Con la misma mano que cogía mi brazo y la misma voz susurrando tranquilidad. La tranquilidad de una mujer no tiene idioma. Me advirtió que notaría perfectamente la pierna al despertarme pero que ya no estaría ahí. Ella, la anestesista, sí que estaría allí, la pierna no. Tras un escozor por la vena me quedé sin voz con la mirada ausente e intenté levantar el cuello con afán de decirle que aquello parecía no funcionar, que no me dormía... pero el cóctel anestésico prosiguió su invasión ascendente y la dulce mezcla de mórficos y neurolépticos impregnó el cerebro aplacando todo resquicio de consciencia. Oscuridad, silencio. Me desvanecí bajo aquellos ojos. Dieciséis años, el centro de atención y mucho cariño: es lógico que mi recuerdo los idealizara.

El despertar no fue duro. Efectivamente buscaba con el pie izquierdo una pierna derecha que sentía con total precisión y que ya no estaba.

Lo que resultó duro fue salir de la habitación un par de días después. Exploraba lentamente el pasillo, respiraba jadeante y escondía un enorme vendaje debajo del albornoz azul. Estaba oscuro y al girarme vi el reflejo en aquel cristal. De frente las dos muletas brillaban y, sin embargo, solo una pierna asomaba hasta el suelo. Era un cojo y siempre lo sería.

Esa semana Severiano Ballesteros ganó su primera chaqueta verde y allí todo el día transmitían golf por televisión. Ese triunfo me reportó muchas horas de adictiva distracción y creo que por eso mis padres desarrollaron una enorme gratitud hacia ese jugador. Inglaterra era la cuna del golf y ese logro facilitaba un motivo de conversación a quienes me visitaban. Eran extranjeros con muy buenas intenciones y es difícil entretener a un joven recién amputado.

La carrera de Seve se prodigó mundial y espectacularmente durante los siguientes años. Para nosotros resultó siempre una referencia positiva de esos intensos primeros días. Igual que el olor a Paco Rabanne y la clásica botellita verde oscuro a la vista, un lujo que me consentían para uso diario. Mis padres hubieran hecho lo mismo con cualquier otro mínimo capricho que sospecharan agradable para mí.

El *prosciutto* italiano —allí no había jamón serrano— se incorporó a la lista de deseos. Y cubitos: cuando mi madre iba al centro de la *city* le pedía que pasara por algún McDonald's y volviese con vasos grandes llenos de hielo. Ahora son frecuentes los refrescos fríos,

pero Inglaterra no es América y entonces lo de *ice cold*³ —¡refresco que refresca!— era poco habitual y había que buscarlo concienzudamente.

Desde un principio rechacé tajantemente y en lo más íntimo vestir con chándal o tener las medicinas a la vista. Incluso ahora no lo soporto. Vestir deportivo con dejadez o la presencia de pastillas en la cocina tal vez no sean signo de mal pronóstico, pero desde luego no son para mí una actitud positiva ni ayudan a una mejor recuperación. Mejor evitar rutinas que apuntan al abandono.

Sting & The Police triunfaba con *Message in a bottle* y Supertramp con *Breakfast in America* —Roger Hodgson seguía en la banda—. La música era de enorme compañía. Mi madre parecía ignorar aquellas canciones, pero un día el radiocasete se encalló y ella se puso a llorar consternada. Personalmente fijo la música a los eventos más que a los olores. Resulta más moderna y digital la memoria musical que la olfatoria. Al fin y al cabo, los coches bien afinados y los auriculares emiten sonidos, no olores.

Me encanta montar vídeos y las imágenes descansan más nítidas en la memoria si se les asocia melodía. Son cortos, poco rollo; suelen ser escenas de vídeo o fotos ajustadas a lo que dura una canción o algún fragmento. Tengo muchos y el recuerdo de su contenido es inmediato cuando oigo la música que los acompaña. Sé que es antiguo, pero *Sultans of swing* —Dire Straits— o *What a fool believes* —The Doobie Brothers— se incorporaron a esas melodías selladas a fuego en mis emociones. En una ocasión, muchos años después, sonaba Supertramp por la radio. Mi madre no sabía qué canción era, pero interrumpió lo que estaba haciendo y salió de la cocina en delantal a buscarme. Me miró y sonreía; lloraba y no estaba pelando cebollas. Nos miramos y ya nos entendimos. Todavía suenan en casa y no veo que mis hijos protesten mucho. Además, son buena compañía para encerrar esquis.

³ Traducción literal: «frío como hielo».

SIR MATT BUSBY Y DOROTHY. CAMINAR DE NUEVO

Ya sabía que viviría. De hecho, corrimos a Mánchester por una indicación médica específica y, sin embargo, después de intervenir se descartó la necesidad de cualquier otro tratamiento. En medicina, como en muchos juegos, son a veces más importantes los *noes* que los *síes*. Y, como en los juegos, surgen oportunidades que hay que saber asimilar. Cambios que pueden incomodar cuando aparecen pero que esconden mayores ventajas o confort de lo esperado.

Fui a por un tratamiento concreto y gané otro diferente. Tal vez no tan duro, pero sí más exigente, y ahora tengo muy claro que me ha beneficiado con creces el resto de mi vida. Se llamaba Dorothy.

Días después de la intervención se plantaron en la habitación cuatro «batas blancas» en el pase de consulta a primera hora. Las enfermeras esperaron claramente detrás. Era un protocolo inhabitual y todos los presentes le daban un protagonismo especial. Ceremonial. Reconocí a la chica que, efectivamente, tenía unos ojos preciosos. Pero mi atención se centraba en el bajito que me hablaba, el traumatólogo que me había operado las dos veces. Él había dirigido hasta entonces mi caso. Presentó a su lado al jefe de anestesia, un afable anciano cuyo equipo continuaría haciéndose cargo de la pauta del dolor. El traumatólogo supervisaría la herida mientras fuera necesario. De hecho, se complicó y mis prótesis llevan la válvula de aire por el exterior del muslo, poco ortodoxo, a causa de la deformidad en la cicatriz. Lo explicaba alto y claro, la distinción de funciones y de responsabilidades a partir de ese momento. Por eso concluyó con la cuarta persona, la que dirigiría a su exclusivo criterio mi seguimiento y a la que todos secundarían.

Aquella señora de esbelta figura y serena sonrisa no había mediado palabra y creo que ya se había esbozado un primer fotograma. De mí

y de la situación. En pocos días lo debía tener completado para saber cómo y por dónde tensar sin que se notara. Cómo estimular en lo que sería un aprendizaje sin contemplaciones.

Escocesa, alta, más castaña que pelirroja y con pelo liso corto que permitía un flequillo recto. Todo en orden. Había sido nadadora, aunque la bata blanca lo disipaba con su compostura y actitud. Sin embargo, las mangas de aquella bata no podían tapar esas enormes manos que completaban sus extraordinarias dotes para la fisioterapia.

Dorothy reapareció al día siguiente en la habitación y lo primero que hizo fue apalancar a mi madre en su butaca —*You're pregnant!*—⁴ para que no me ayudara. Desde entonces me pondría yo solito la zapatilla en el pie izquierdo y yo solito me ajustaría la bata en pie antes de coger las muletas. Muletas de las que me encargaría siempre yo, sin roces ni golpecitos en las paredes y dejándolas cada vez delicadamente, sin estorbar a otros ni estropear los muebles.

En pocos días vino con una pelota de tenis. Para rebotarla en la pared y cogerla saltando. En pijama, con venda, sudor sobre sudor. Cuando abandonas tus rutinas se pierde cualquier habilidad; me cansaba enseguida.

En pocos días más ya subíamos escaleras. Esa ala de la Royal Infirmary tenía las típicas escaleras de madera inglesa, muy amplias y de peldaño bajo. Mi juventud ayudaba pero el abotargamiento médico frenaba. Progresaba rápido y ganaba autonomía. Me caí. Me caí estrepitosamente sin que le diera tiempo a poder aguantarme: yo, muletas, venda y herida volamos hasta el siguiente descansillo. Constatado, muy dolido y resoplando le busqué la mirada y pude ver que hasta ella tenía cara de asustada:

—*Don't say anything to mum!*⁵ —dije mareado. Allí sellamos un gran equipo y una persistente amistad.

Progresivamente, con sus indicaciones, fortaleció mi cuerpo y desarrolló mi equilibrio. Me sostuvo el ánimo en el primer día con la pata de palo. Después, con la primera prótesis —un mierda incluso para entonces, de aluminio y con correas— me enseñó a caminar.

⁴ —¡Tú estás embarazada!

⁵ —¡Prohibido que se entere mamá!

Primero con las barras y luego ante el espejo. Mil y una correcciones muy necesarias. Se lo agradezco cada día. ¡Y mi espalda más!

De su destreza nombraré el primer encuentro con el grupo de esquí, la primera vez que nos encontramos en el Pirineo. Al bajar del coche en un aparcamiento e ir a la cafetería, los otros desconocidos vieron mi caminar y me preguntaron qué prótesis llevaba. Es cierto que era el más joven y alguno tenía peor muñón, pero mi caminar era mucho más armónico y rectilíneo; y mi prótesis —entonces—, la peor. Destreza de Dorothy en cada paso.

De su amistad y empatía puedo explicar la escapada a Escocia que le propuso a mi madre. Era un puente —*bank holiday*, que allí ya unificaban las fiestas— y ella no estaba dispuesta a interrumpir el ritmo de las sesiones. Organizó libremente la excursión. Subimos desde Mánchester por el este —York y Newcastle— hasta Edimburgo. Bajamos por el otro lado, donde lo que más me impresionó y de lo que no había oído hablar fue el Lake District. Edimburgo fue la ciudad más bonita y además eran los días del espectacular Tattoo.⁶ Sin embargo, yo me agotaba en las rampas de aquel castillo y me daba una enorme vergüenza pasearme con muletas o la pata de palo entre tanta gente. Por el contrario, de regreso a Mánchester, la parada en Blackpool fue desafortunada. Tal vez el cansancio —primera salida después de semanas encamado— o tal vez un día gris, que todos tenemos. O quizás la feria con atracciones a las que por primera vez no podía subir. O tal vez un paisaje de diversión y playa que me recordaba, versión inglesa y con diez grados menos, el verano que me estaba perdiendo en Salou. Un regreso que antes o después tendría que afrontar.

No he podido desquitarme de esa visión de Blackpool. Sin embargo, el día que cumplí cincuenta años aterricé en Edimburgo y pudimos saborear tremendamente esa ciudad. Tras tanto tiempo no me acordaba en absoluto de nada, ni del famoso castillo. Pero una cosa es indudable: ni en el mejor de mis sueños hubiera sospechado aquella primera vez que deambularía de nuevo por toda esa Royal Mile de un tirón. Una milla caminando tras visitar el castillo, curioseando en cada sitio y cargando con algunas compras.

⁶ The Royal Edinburgh Military Tattoo. Un evento musical y militar que abarrota la ciudad anualmente.

Si tengo que ser justo con ese viaje y con Escocia, debo señalar que lo más acertado fueron los sitios de descanso. Los Bed & Breakfast de indudable encanto que Dorothy nos preparó al detalle, pues conocía su tierra. Es cierto que cada mañana dejaba dormir a mi madre y me sacaba aquel horrible trasto para practicar antes del desayuno, pero también jalonó la ruta de visitas y paradas por los *landers* como solo una autóctona podría hacer. Esa escapada fue la única salida de varios días para nosotros dos después de semanas oliendo a hospital.

Entonces ya nos habíamos instalado en un pequeño hotel familiar y cercano a la Royal Infirmary. En el Reino Unido ya se había agilizado la medicina ambulatoria. Los ingresos prolongados innecesariamente son perjudiciales para la salud de los pacientes y el bolsillo de los gerentes —bueno, de quien sea el pagador, porque una estancia hospitalaria es muy cara—. De hecho, esa zona donde yo estuve, la zona de amplios pasillos y parqué macizo de roble, era una excepción en aquel gran hospital y muy por encima del estándar sanitario. Creo que estaba como extranjero en aquella zona, pero los que me veían progresar en mis paseos eran —acabé entendiendo— personajes particulares o ingresados por convenios especiales.

Entre las personas que habían coincidido conmigo en esa ala del hospital estaba Sir Matt Busby. Había tenido su primer infarto y estuvo ingresado dos habitaciones más allá. Su convalecencia coincidió con la mía y —como ocurre con las personas especialmente afables— no quiso pasar indiferente a nuestra historia. A diferencia de todo el personal sanitario, desconocía quién era y había estado ajeno al revuelo mediático que su ingreso había disparado. Él pidió permiso para entrar el día que se marchaba y con una tarjeta en la mano se presentó de modo escueto. A veces es más elegante no marear mucho; entre ingleses y entre enfermos eso se da por hecho.

—*Hello? May I come in? It'll be a minute.*⁷

Me explicó que había visto los progresos con Dorothy y sabía de nuestra situación. Que no venía a cuento cómo pero que estaba vinculado al Manchester United. Omitió totalmente su rango, su popularidad o meramente nombrar que era el presidente honorífico del club. La Premier iba a empezar en breve y estaba seguro de que ir al

⁷—Hola, ¿puedo entrar? Será solo un momento.

campo me distraería, de que me haría mucho bien. Es más, que ya sabía dónde estaríamos alojados y él mismo se encargaría de contactar. Se despidió escueto señalando que debía limitarme a guardar su tarjeta.

Avanzado agosto e inmersos en una rutina más doméstica, llegó la llamada. Estábamos en el hotelito, con pie de pirata y anhelando la prótesis con ansiedad. Herida curada y poco hospital. No recordaba aquella cita cuando sonó el teléfono:

—*Raphael? This is Matt, Matt Busby. Do you remember me?*⁸

Conforme entraba en situación y avanzaba su charla me dio un vuelco el corazón. No sabía qué depararía aquello, pero todo plan fuera del hostel y sin rollo médico sería un planazo. Salud y dramas aparte, el verano se estaba haciendo muy largo. Piel blanca, horas de tele y galletitas de té.

—Mira —siguió sin esperar respuesta—: empezamos la liga (la Premier) este fin de semana. No puedo venir adonde estás —por un instante creí acabada la excursión—, pero mi chófer te recogerá a mediodía. Habrá mucha gente cerca del campo y mejor venir antes. Estaré ocupado al principio, pero comerás con mi esposa antes del partido. (El Old Trafford tiene restaurante —¡bien!— y nos servirían en la mesa mientras se llenaba el campo —¡muy bien!—.)

Estaba tratando de asimilar el evento y seguía vagamente aquella senil voz en el auricular: que no me preocupase de nada... que jugaban pronto... que estaría en el palco sin que fuera necesario ir muy arreglado... al final se disculpó porque el té era a la media parte y no exactamente a las cinco.

No me gusta especialmente el fútbol, pero aquello fue distinto, extraordinario. La gente al unísono y la pelota ondeando con el rugir de las gradas. Varias horas de no pensar y, ante todo, la bondad de aquel hombre que me había llevado a su terreno proyectando un cariño y delicadeza tremendos para hacerme pasar un gran día. Y lo pasé. Y se repetiría quincenalmente. Me alegro si a Guardiola le va bien en el City y en lo poco que sigo el fútbol soy del Barça, pero resulta imposible olvidar aquellos partidos de los Red Devils. O sea que, desde entonces, cuando acudo a un gran estadio siempre me acuerdo de Matt.

⁸ —Rafael, soy Matt. ¿Te acuerdas de mí?

El coche me dejó al regresar en el pequeño patio de grava y encontré a mi madre en la salita de recepción.

—¿Qué tal ha ido?

—¡Este hombre es muy conocido dentro y fuera del club! ¡Campa a sus anchas y todo el mundo le quiere!

—¿Por qué lo dices?

Las calles estaban abarrotadas de hinchas caminando varias manzanas lejos del estadio y todos se apartaban al ver el coche. La gente me miraba a mí, en el asiento de atrás. Hasta los caballos de la policía se abrían al paso sin preguntar.

Seguimos hasta una especie de túnel y el coche se detuvo. Me abrieron la puerta. Bajé y fijé mi pierna —sin rodilla, con un taco al final, mucha vergüenza—. Cuando alcé la mirada me esperaba Matt en un ascensor, justo frente a mí.

Subimos bastante hasta un piso donde había jaleo. Las puertas se abrieron en un entorno de diseño moderno y a la vez elegante. Estaban cerca los vestuarios, adonde nos dirigimos. Matt me hizo entrar y no tuvo que decir nada para que varios jugadores me saludasen. Di la mano a bastantes, uno a uno.

Al salir de allí nos acercamos hacia la luz y los altavoces del estadio sonaban *in crescendo*. Era el camino hacia el palco, al que no llegamos, ya que él abrió una puerta hacia la derecha y le seguí, claro. Al cerrarla desapareció el ruido. El traqueteo de vajillas y algún pedido de cocina anunciaban el cambio de ambiente, estábamos en el restaurante. Un espacio longitudinal con cristal inmenso frente al lateral del campo, a media altura de las gradas. Se divisaba todo el interior del Old Trafford mientras se iba llenando.

Su esposa me esperaba en una mesa con vistas, cuadrada y preparada para dos. Matt ya había comido y acudiría directamente al palco cuando los jugadores saliesen por el túnel. Aquella señora menuda era el claro complemento de Matt. También afable, pero con la discreción de quien se sabe secundando a un personaje público. Comí con la acompañante natural de un líder y ella no cesó de interesarse por mí: mis orígenes, la recuperación y el embarazo de mi madre. No mencionó nada de ella e hizo escasa referencia a Matt. Pasó por alto el reciente infarto de su marido y se dejaba tratar por el servicio como si fuera su casa. Creo que estando ella en aquella

mesa y con el campo a su lado, Matt me estaba enseñando —a mí, un desconocido— lo que era su vida entonces.

Lo que más me costó en aquel primer encuentro fue mantener la conversación. Desconocida pero muy agradable, era escocesa como Matt y también como Dorothy; sin embargo, su acento del norte me resultaba inalcanzable incluso después de las semanas intensivas en que había estado inmerso.

El otro problemilla fue la media parte. Pasé el descanso con personas en general mayores, elegantes y vinculadas a la directiva del club. Debía de haber otros acompañantes, invitados como yo y supongo que también representantes del equipo rival. Tal vez algún que otro personaje público. Eran vips y estaban contentos en aquel exquisito ambiente del primer partido en casa. Yo, intruso predilecto, estaba un poco obcecado y creía que todo el mundo me miraba. La pierna dejaba una forma horrible —un hueco en la rodilla— que se evidenciaba en la tela cuando la desbloqueaba para sentarme. Engullí algún sándwich con el té. Estaba bueno y suave, pero me costaba tragar.

El United ganó aquel partido.

Lo del ruido era muy sensible para mí. Al deambular con ese artilugio percibía dos tipos de locales, muy ingleses ambos y a su vez totalmente diferenciados. Los pavimentados con madera hacían un ruido seco en cada paso y así se transmitía el golpe a mi espalda. La notoria asimetría de la marcha me ruborizaba en público. Por el contrario, los suelos cubiertos con alfombra o moqueta —¡allí las dejan todo el año!— no son ruidosos, pero dificultan el caminar con prótesis. Apoyar en blando y adelantar la rodilla es mucho más trabajoso. Ahora sé llevar bien ambas cosas y no me importa el ruido de mis pasos ni me avergüenza. Además, evito intuitivamente las alfombras. Llegado el caso, como en las bodas de mis hijas, sé acompasar el paso y enderezar la marcha incluso en una larga alfombra mullida y con duros zapatos de salón. Por suerte, esas son circunstancias cara a la galería que pocas veces me veo obligado a afrontar.

Repetimos bastantes partidos mientras permanecemos allí. Me acompañó mi madre en alguna ocasión y mi hermano cuando venía de nuevo a visitarme. Mi madre tampoco se aclaraba para nada con el dialecto de la señora Busby, pero le dije que no importaba, que lo único que tenía que hacer era animar a los rojos. He dicho que ganó el Manchester, la verdad es que ganaba casi siempre y más jugando

en casa. Sé que es egoísta considerarse aficionado del Mánchester si solo has ido a los partidos de casa, introducido en los vestuarios y con comida incluida. Pero queda claro que no soy un mero aficionado, ni siquiera un entusiasta seguidor. Soy mucho más, ¡soy un agradecido fanático! Agradecido en el corazón hasta el fanatismo; sin considerar goles, temporadas o triunfos.

La revolución en el hotel se produjo el día que vino a recogernos él mismo. El personal salió en bloque para conocerle. Todos, tal vez una decena, se alinearon en el patio a los pies de la escalera para dar la mano personalmente a Sir Matt. Le pidieron autógrafos y se hicieron fotos. Los que salimos ganados más fuimos mi madre y yo, pues el trato de la dueña y de la gobernanta mejoró sensiblemente.⁹

El verano transcurría lentamente y casi siempre nublado. La vista se me iba cada vez más al cielo y me abstraía al ver algún avión cuando pasaba. Antes o después habría que volver a casa, con la seguridad de un entorno conocido y también con la ineludible prueba de retomar la vida real. No solo me habían quitado una pierna, me habían borrado el moreno de playa y me habían plantado una pata de palo. Así, sin más —y eso, a los dieciséis, cuesta—.

Ese recuerdo de casa chispeaba ocasionalmente de modo agradable con alguna visita. Varios amigos con sus padres se acercaron a verme, cosa que me alegraba enormemente y liberaba el castellano de mi madre a raudales. También un grupo de andaluzas que estaban en la ciudad para practicar inglés venían de vez en cuando con chistes y carcajadas sin miramientos. Otros recuerdos hogareños llegaban por avión. Entonces se era más permisivo con los equipajes y nos traían en las maletas aceite de oliva —¡allí se cocina con grasa de cerdo!—, tortilla de patata, jamón ibérico bien envuelto y revistas del corazón. Las revistas eran para mi madre, pero acabamos compartiéndolo todo.

Con horas de música y aquellas revistas, me hice un experto en prensa rosa. Entonces ya era repetitiva pero más glamurosa que aho-

⁹ Mantuve la relación con el matrimonio y les volví a ver años después estando de prácticas en Mánchester. Siempre me atendieron con gran afabilidad. Cuando falleció Matt en 1994 me enteré por los medios. La película *United* salió en castellano en 2011 y creo que refleja bastante bien el drama de Múnich y el empuje de Matt con sus pupilos, los Busby Babes.

ra: jalonaban pseudonoticias escalonadas y oportunamente distribuidas. Algo de los Kennedy —un sobrino había perdido también una pierna—, algo de Montecarlo (belleza, escarceos o Cena de la Cruz Roja) y, siendo verano, las vacaciones baleares de nuestra monarquía. Nunca compro prensa rosa y me cuesta entender que exista; en la lejanía me parece que la técnica de flashes con cotilleo se repite incansablemente.

Tengo que nombrar y diferenciar muy aparte, aunque también fuese pasto de todos los medios, que al final de agosto tuvo lugar el atentado que mató a Lord Mountbatten. Un asesinato es lamentable siempre y en este caso fue una auténtica debacle en la idiosincrasia británica.

El protagonismo de enfermo lleva a la sobreprotección, si los demás ceden a tu contemplación; o al despotismo, si es uno el que cede consigo mismo. Estaba la inquietud del tiempo, la ansiedad de consumir etapas y concretar un poco el futuro. Se me estaba respondiendo al «¿viviré?» y ahora estaba dilucidando el «¿caminaré?». En mi orgullo o en mi vergüenza —inseguridad de convaleciente— les pedí a mis padres permanecer allí hasta completar la rehabilitación y, sobre todo, regresar con una prótesis. Llevar un artilugio más humano que se pareciera a una pierna, que tuviese un pie y que se doblase de un modo más o menos autónomo, estéticamente aceptable. Era el fin de la recuperación y Dorothy no cesaría hasta completarla. Quería absorber sus lecciones hasta la última gota.

La instalación de la pierna era, pues, el siguiente paso. Para eso nos dirigieron a un hospital ortopédico más pequeño y lejos del centro. La primera visita allí fue dantesca. Esperamos mucho rato en una sala y había otros con deformidades anatómicas que eran llamativas. Nunca he sido aprensivo en estas cosas; mi vida en ortopedias lo ha acabado de arreglar y los estudios de medicina también. Era una situación muy delicada y desconocida, porque en España no habían sido tan numerosos los nacidos bajo efecto de la talidomida.

Lo mío era una amputación, no sé si más cruel, pero aquellos dedos o manitas parecían —así de golpe, en grupo y sin previo aviso— más llamativos. Acudir años más tarde a las competiciones fue muy educativo para esto. En Lech, cuando me hice una bota de esquí a medida en la central de Strolz, había plantillas tintadas de pies deformes, como en las ortopedias. Allí eran capaces de hacer botas de

esquí especiales. En las competiciones, cuando llegabas el día previo y en la reunión de carrera, la gente vestía normal. Las limitaciones se intuían parcialmente en la primera cena o en las tertulias del hotel. En la carrera, al día siguiente, cada cual evidenciaba en mayor medida su anatomía. En esquí, solo después de muchísimos años he vuelto a ver malformaciones así, con aquellas deformidades. Hace pocos años se celebró una prueba de la Copa del Mundo cerca de aquí, en La Molina. Tenía ganas de que mi hijo conociese el ambiente de alta competición con el dinamismo y la positividad que yo había disfrutado tantos años. Como médico fue una sorpresa encontrarme a un par de jóvenes del equipo ucraniano con malformaciones especialmente raras. Nos explicaron que era como consecuencia del accidente de Chernóbil, no por la talidomida.

En natación, las imágenes pueden resultar para algunos aún más impactantes. La transparencia del agua deja en evidencia unos cuerpos cuya anatomía inspiraría más a un Goya cabreado que a un Rubens.

En la sala de aquel centro especializado, la espera se interrumpía de vez en cuando con los que pasaban caminando. Lo que nos intrigaba era la marcha, la manera de caminar con un pie y una rodilla que no son tuyos. Era importante porque, aparte del primer artilugio rígido de aprendizaje, no había tenido experiencia ni interés en el mundo de las prótesis; de manera que ahora se me ofrecía cierta concreción técnica sobre mi futuro. Pasó alguno con un devaneo gracioso, muy correcto, casi perfecto. Ahora puedo intuir que era alguien con buen caminar que seguramente tenía una amputación tibial —le faltaba «solo» el pie—. Bueno, a veces algún amputado femoral camina bastante bien y las arrugas de la ropa o un leve bamboleo es lo único que le delata. Mi mujer lo percibe al momento. En espacios pequeños, o con prisas, o levantando peso hay momentos en que uno camina como puede y ya está.

Nos hicieron pasar. El primer día nos acompañaba Dorothy, que siempre me incitaba a asumir la situación y a hacer las preguntas. El muñón y la herida ya se habían estabilizado, de modo que tenían de antemano las medidas y ya habían preparado la pierna. Mi primera pierna. Era de aluminio pintado, con una hebilla en el exterior de la cadera fijada a un cinturón grueso y, por si fuera poco, se aguantaba además con una correa en diagonal cruzada hasta el cuello. Necesi-

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. Carta a mis hijos	7
1. TODO IBA DEMASIADO BIEN.....	11
TRES MESES ANTES	17
MÁNCHESTER.....	21
SIR MATT BUSBY Y DOROTHY. CAMINAR DE NUEVO	27
ADAPTACIÓN Y PROGRESOS. MÁNCHESTER 2	43
2. ESQUÍ ADAPTADO	57
LAS CIGÜEÑAS. EL INICIO DEL ESQUÍ ADAPTADO EN ESPAÑA.....	59
EL ESQUÍ DE TRES TRAZADAS. <i>THREE-TRACK</i>	73
LA HISTORIA.....	73
LA TÉCNICA.....	75
ESOS PRECIOSOS AÑOS	83
CUANDO FLORECEN LOS ALMENDROS.....	99
LAS GRANDES CARRERAS.....	101
LA AUSENCIA DE INNSBRUCK	103
COLORADO 1990	105
ALBERTVILLE 1992 (Y UN POCO DE BARCELONA).....	111
ESQUIANDO EN EL PALAU SANT JORDI	119
TRES PARES DE ESTABILOS DE CARBONO	123
LILLEHAMMER	145
LECH, VORARLBERG	151
UNA BUENA PREPARACIÓN	159
NAGANO	165
AÑOS DE DOCENCIA.....	173

3. LA BICICLETA.....	179
NATACIÓN, GIMNASIO Y <i>MOUNTAIN BIKE</i>	181
BTT: APRENDIZAJE Y PROGRESOS	187
LOS MARTES CON RAFFA	205
LA TITAN DESERT	221
4. SERENIDAD. REGRESO AL AGUA	237
DÍAS DIFÍCILES	239
PISCINA Y MAR. AGUAS ABIERTAS	243
DESPEDIDA	247
AGRADECIMIENTOS	249

